

Hamburgo, ese Sinaí protestante, donde embriagado Lutero conversaba con el diablo, como Moisés con Dios, no puede obtener éxito en esta tierra. Tampoco ha existido aquí la fría epilepsia de los tiranos del Norte, donde el suelo pagano ha resistido tanto tiempo á que arraigara la Cruz, siempre vacilante en aquellos países; y menos que esto la aritmética implacable de los comerciantes de Londres, calculando las utilidades que podrá reportarles tener entre ellos un Papa todo de ellos, que divida con ellos el patrimonio de la Iglesia, y que á la vez sea rey, maestro, fiscal y Soberano Pontífice; que maneje el cetro, el incensario, el hacha, todo con una misma mano, tan hábil para manejar la pluma de los pedantes, como para dar el tajo del verdugo; que sea bastante inglés para instituir una fé inglesa, bautizada con el nombre de anglicanismo, una moral inglesa, un pudor inglés, una verdad inglesa, como aquellos otros mercaderes de Cartago habian inventado la fé púnica;—no, estas cosas no son buenas para los franceses.

»Otros son los sofismas á propósito para Francia, y sobre todo hay que emplear mayor

precaucion en la manera de presentarlos. Es menester darles la apariencia del exámen sério, algun tinte de lógica y un giro determinado, para que tomando el nombre de libertad, puedan servir de entretenimiento á los franceses como los juguetes á los niños.

»Podrá ocurrir que Francia sea la que vaya más lejos en el camino de los extravíos, por ser de génio impetuoso y vivo, y porque los delirios de la fiebre son proporcionados al vigor de los temperamentós; pero no está aún en la pendiente, y su buen sentido moral resiste hasta ahora al cebo grosero puesto en los anzuelos de la herejía.

»Pero el espíritu, ese espíritu francés digno de amor y de respeto, tiene sus resbaladeros. Son las mujeres, los vicios y la manía de escribir y de hablar. Podemos decir, en cierto sentido, que la pluma es mujer y la palabra tambien.... Estas son las mujeres que abrirán al azote las puertas de Francia.

»La hermana del rey, la Margarita de las margaritas protege y alienta á la culebra de las culebras, al sectario más poderoso del mal, el que dará á la herejía su máscara filosófica y su barniz de moderacion, Juan Calvino, que ya

ha reformado á Lutero, y que á su vez será reformado por otros mil; pues la historia del protestantismo se resumirá en un renglon, ó mejor dicho, en una palabra incesantemente borrada y vuelta á escribir: Reforma, es decir, revolucion, reforma de la reforma, revolucion contra la revolucion, herejía en la herejía, barahunda de cismas, creciendo y multiplicándose á través del cisma con la profusion que crecen las malas yerbas en el campo del mal labrador.

»Hice promesa de levantar una capilla (no os maravilleis, edificaremos muchas y tambien iglesias) en el mismo sitio donde se cometió en París la primera profanacion luterana contra la Virgen: verificóse á mi presencia en la calle de San Antonio, y sabreis el punto cuando veais echar los cimientos del santuario. Conducia la sacrilega turba un paje con librea de la duquesa de Etampes, la amiga del rey, ocupada en reformar, no su vida impura, sino el antiguo honor de su raza, vendiendo su fé olvidada y su rey engañado á la intrigante Inglaterra.

»Favorecido por esas dos mujeres tan cercanas al trono, y á quienes Dios había prodi-

gado sus dones, el error se propaga en Francia. Menudean en las escuelas los libros impíos: el que contenia la primera blasfemia impresa de Calvino se envió ricamente encuadernado al que más cómodamente podia deslizarle en la misma alcoba del rey. Merced á sus activas gestiones, Nicolás Cop, luterano, ha sido nombrado por el rey rector de la Universidad de París, y en la última fiesta de Todos los Santos este maestro de Calvino, convertido en su servidor, daba al rey las gracias, predicando públicamente la insurreccion, no solo contra el Vaticano, sino contra el Louvre.

»¿Y, al fin, es esto todo? No. Este mismo año, Calvino, que no tiene la osadía de Lutero, y á quien su conciencia manchada pone delante continuamente el espectro del castigo, huía de París. ¿Dónde se ha refugiado? En la córte de Nerac, cerca de Margarita de Valois, reina de Navarra.

»Y desde allí intenta difundir el error en la católica España (reina cristiana de dos mundos, inmaculado vergel de la Iglesia y baluarte firmísimo de la santa fé). Por otro lado, el veneno, saliendo de Suiza y atravesando á Sa-  
boya, penetra en el Piamonte, tan hostil á la

UNIVERSIDAD DE MADRID  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
CALLE DE ALFONSO X  
MADRID

Santa Sede; propágalo Renata, duquesa de Ferrara, hija de Luis XII, tan entusiasta casi de Calvino como Margarita de Valois, y que protege á Juan Valdés, privado del virey de Nápoles, cuyos emisarios se introducen hasta en Roma.

»Allí, en la Ciudad Eterna, sentado sobre su trono el Vicario de Jesucristo, abandonado y con las manos levantadas al cielo, ve subir las aguas del diluvio, subir sin cesar por todas partes, levantando la marea de los errores, y acercarse y precipitarse á la vez en todos los puntos del horizonte para anegar el corazón del Catolicismo, el último baluarte de la fé, de la autoridad y de la verdad.

»Nada nuevo os he dicho, amigos é hijos míos; es tan evidente el mal, que cualquiera puede verlo aún cerrando los ojos, como se deja sentir el ardiente resplandor de los incendios, á través de los párpados cerrados. Lo único que he querido mostraros es el número y la fuerza de los batallones coaligados en guerra contra la fé. Nunca se han puesto en

concierto tantos hombres en la tierra. ¿Pero será la fé vencida?

»Imposible.  
 »¿Quién la defenderá? Jesús. ¿Dónde está el ejército de Jesús? En Roma, y en todo el mundo, y aquí.

»¿Es copioso el ejército de Roma? No.

»¿Es fuerte? Sí.

»¿Y el ejército de aquí?—

»Contáos: sois la Compañía de Jesús.

»Seis jóvenes y un lisiado que pronto será un viejo; total, siete (1).

»En este ejército no hay más que un francés. Empero no menospreciéis á Francia, que Dios obrará por ella grandes cosas.

»Mientras que vosotros me esperábais orando silenciosos, mi humilde oracion se elevaba también al cielo donde se conoce lo porvenir. He leído nuestra historia en los secretos de Jesús. Dios nos acepta por sus soldados. Él me ha mostrado el inmenso campo de batalla en que otro estandarte marcha contra su estandarte divino.

»He visto esto.

(1) De aquellos siete seis eran españoles.

»He visto que el mundo entero se agitaba en la arena; os he visto y me he visto.

»No os pregunto si quereis combatir. ¿Para qué? Sé que vuestra voluntad se entrega á la voluntad de Dios.

»Y sé que sois *la Compañía de Jesús*; así os llamareis; oidme, no tomáis vosotros ese nombre, Dios os lo da.

»Alcanzareis triunfos tan espléndidos, que temeroso el odio se levantará en torbellino á vuestro alrededor como el agua agitada y espumosa cuando se introduce en ella el hierro enrojecido.

»Y sufrireis reveses tan terribles, que vuestros enemigos os darán con el pié creyendo que pisan vuestro cadáver.

»Entonces no les herireis; y sin embargo, caerán derribados..... Nunca herireis.

»Vuestra ley es no hacer daño á nadie, y vencereis por esta ley.

»¿Cómo se llama el enemigo? Revolucion.

»¿Dónde está la revolucion? En la herejía que es la mentira.

»¿Cómo batir á la revolucion y la herejía? Por la autoridad, que es la verdad.

»¿Dónde se hallan la autoridad y la verdad? En la Iglesia, junto con la libertad, que es el derecho de vivir y morir segun la ley de Dios para renacer en la gloria de Dios.

»¿Se ataca á la Iglesia? Sí, en todas partes.

»¿Tiene la Iglesia necesidad de ser defendida? Por ella misma no; pues tiene seguridad de vivir, segun la promesa de Jesucristo; pero si por el interés de lo que no es la Iglesia, y sobre todo, en interés de los enemigos actuales de la Iglesia, que volverán á ella ó perecerán, toda vez que fuera de la Iglesia no hay salvacion.

»Nosotros no podemos querer que perezcan.

»¿Cómo, pues, defender á la Iglesia, es decir, la posibilidad de salud para los que no conocen á la Iglesia y para los que la persiguen? Oponiendo la obediencia á la insurreccion; la abnegacion al egoísmo; el sacrificio voluntario á la esclavitud de las pasiones que nunca se sacian: es decir, evangelizando.

»¿Cómo hemos de evangelizar? Mediante la palabra de Jesucristo, recordada á los hombres, enseñada á los niños y á los infieles.

»Jamás concluirá el poderío de la fuerza bruta; solo el cañon romperá la espada, hasta que una fuerza más brutal todavía venza al cañon; pero á la vista de estas máquinas inertes que sirven ciegamente á la justicia de Dios y á la perversidad de los hombres, elévase otro poder que se llama el pensamiento.

»Este no data de ayer, pues el Evangelio tiene mil quinientos años de edad; mas el siglo en que vivimos empieza á echar, á manera de pasto, el pensamiento escrito y hablado al vulgo que lo recibe con avidez.

»Esto, considerado en sí mismo, no es malo; solo que el genio del mal, demasiado despierto, tomando la delantera al bien, demasiado dormido, se ha apoderado de esta arma para resucitar con otros nombres el ídolo judáico y el altar de los falsos dioses.

»Menester es oponerse á esta traicion que la sabiduría pervertida hace á la ignorancia que no se puede defender.

»No guerrearemos nosotros con la espada, sino con la palabra; predicaremos á los hombres, enseñaremos á los niños, haremos cristianos por la predicacion y la educacion.

»Con haber yo recibido lecciones de todos

vosotros y ser el ménos instruido, con ser mi ciencia tan humilde, me habeis escogido para dirigir vuestros corazones, ya que no vuestras inteligencias, superiores á la mia. ¿Por qué? Porque vísteis que en mi corazon no hay otra cosa que el nombre de Jesús brillando como una antorcha.

»He estudiado en Barcelona, en Salamanca, en Alcalá y en París. ¿Qué he aprendido? El lenguaje de la duda; por fortuna, no cabia en mí la duda. Jesús me asistia, y merced á Él ha crecido mi confianza en Dios á pesar de las desconfianzas de los hombres.

»He admirado á los sábios y á los oradores elocuentes, he aprendido la filosofía ó la poesía que brotaba de sus lábios, y he murmurado en el fondo de mi alma la oracion de nuestro Padre que está en los cielos, enseñada á los apóstoles por el Dios hecho hombre. Esa es la poesía infinita, esa la eterna filosofía.

»He oido á Buchanan, el escocés que canta como Virgilio; á Latomus, el profundo; Gombaut, el erudito; Guillermo Budé, el universal; á Danés, y su maestro Lascaris, que hubieran podido conversar con Platon en la pura lengua de Homero; á Ramos, tan fácil para

notar los defectos de Aristóteles, como incapaz de reconocer sus propias debilidades. Todos estos nobles ingenios decían grandes cosas; mas por encima de sus voces sonoras, oía yo la voz de mi Dios que me mandaba creer, esperar y amar, y abandonar mi alma á las maravillas de su misericordia.

»Y yo amaba y esperaba y creía más cada día, saboreando las delicias de la fé en medio de las negaciones más audaces, regocijándome en la gran dicha de esperar más á medida que me rodeaba el desaliento de los sábios, y enviando al cielo el cántico de mi amor inmenso por encima de las lamentaciones de sus ódios.

»Porque toda blasfemia es un grito de agonía, arrancado por la quemadura de un remordimiento.

»Desde aquella bendita hora en que Dios me visitó herido en mi lecho, busco mi camino, la senda que debe llevarme al fin tan ardentemente deseado; la mayor gloria de Dios, esto es, la mayor copia de salud para los hombres.

»En este camino mi pensamiento ha recorrido tres fases.

»En la gruta de Manresa me consagré á la limosna y á la oracion; medios poderosos que fueron las armas de los primeros solitarios. No conocía entonces la enfermedad de nuestra época, y, sin embargo, alguien murmuraba en mi oído: «Eso no es bastante.»

»La Madre de Jesús, cuyo socorro imploraba sin cesar, inspiróme la necesidad de visitar el Calvario; durante todo lo largo del viaje oí una furiosa amenaza que se hacía en nombre de Lutero. Entonces nació en mí la esperanza de combatir.

»Esta fué la segunda etapa de mi viaje.

»Y el combate de que os hablo es el mismo que siempre he dicho: combate que no hiere al adversario, antes le favorece, el combate sobrenatural de la caridad.

»Y ya entonces yo me decía: ¡Qué pocos creerán en la sinceridad de un esfuerzo semejante, que se sale de las condiciones ordinarias de la virtud humana!—Nada por nada, tal es la ley del mundo.

»Y de antemano percibía el gran clamoreo que me aturdira diciendo: «¡hipócrita! ¡hipócrita! ¡hipócrita!»

»Este es el ultraje más duro de soportar.

Aún conservo en un rincón de mi corazón mi orgullo de capitán. «¡Hipócrita! ¡Hipócrita!» Viva yo abrasado de esta injuria y muera sepultado bajo este grito, ¡oh Señor y Dios mío! y sea mi afrenta para gloria vuestra.

»Entretanto, para predicar y enseñar, es preciso saber; estudiaba, pues, y estudiando sentía la voz misteriosa que había oído en Manresa, y que me decía siempre al oído las mismas palabras: «Eso no es bastante.»

«¡Oh Virgen, decía yo, Madre Inmaculada! ¿Qué más se necesita? ¿No lograré que mi Divino Maestro me dé á conocer su voluntad?

»Deténgome aquí por un respeto que tengo, una dicha que tuve y un dolor que siempre tendré. Lo propio me sucede siempre que llega la ocasión de referir los hechos misteriosos y milagrosos de mi período de prueba. ¿Era yo digno de ver y oír lo que ví entonces y oír? ¡Oh Jesús, piadoso y compasivo, tesoro de los pobres, gloria de los humildes! el día en que por primera vez estreché la mano de Pedro Lefevre, que había de ser nuestro primer Sacerdote, se acrecentó mi valor, redobló mi esperanza, y habiendo surgido en mí la idea de nuestra Congregación,

no oí ya más la voz que me decía: «Eso no es bastante.»

»Esto era bastante: con esa idea concebí en seguida el plan de la Compañía.

»Yo soy soldado, y no puedo soñar más que en un ejército. Por otra parte, ¿no había visto en mis primeros éxtasis apiñadas muchedumbres marchando en la sombra contra la Cruz esplendorosa de Cristo, y el choque místico de los dos estandartes en una llanura sin límites?

»Mi ejército existía ya cuando yo estaba solo con Lefevre, y aunque nada le había dicho.

»Vinisteis vosotros unos despues de otros, amigos é hijos míos, y os alisté sin que lo supierais; otros se presentaron también, pero no pasé de siete.

»Al presente no debe haber más. ¿Qué exigirá lo porvenir? Dios lo dirá.

»Somos siete contra millones de hombres infieles á Dios. Los millones de hombres que quedan fieles á Dios, puede ser que no estén siempre á nuestro lado.

»No conocemos á nuestros amigos, que

nada saben todavía de nosotros; pero conocemos á nuestros enemigos, y nos haremos conocer de ellos.

»Carecemos de autoridad y de mision, y solo tenemos un derecho, el de sacrificarnos por el prójimo, sin exigir nada en cambio. Nuestra fuerza está en no tener fuerza. No queremos ni ejércitos, ni subsidios, ni murallas, ni nada perecedero.

»Nosotros lo tendremos todo en Jesucristo.

»Iremos como nuestro Divino Maestro andaba por Judea, con los brazos abiertos y el corazon tambien. Nosotros somos hoy lo que ayer era yo solo: la Compañía fundada para llevar la Cruz de Jesús.

»Cada uno de nosotros caerá á lo largo del camino, agobiado bajo el peso de esa carga dulce y terrible, es cierto, ¿pero qué importa? La obra vivirá y prosperará. Lo sé.

»La Compañía de Jesús vencerá en Jesús y por Jesús.

»Ella atajará los progresos de la desercion que desola el templo; ella llenará los huecos abiertos en la hueste de los fieles.

»Así será, no lo dudeis.

»Una fábula sublime inventó la antigüedad,

la de Orfeo buscando su amor hasta en la muerte. Nosotros haremos como Orfeo; la Compañía de Jesús buscará las víctimas de la apostasia hasta en el infierno de los apóstatas; arrebatará á la muerte esas almas queridas, y sepultándose en lo más profundo de los abismos, intentará ¡ojalá lo consiga! librar de la suprema infelicidad el alma del apóstata.

»Algunos extraviados hay ya que vacilan y preguntan por el camino derecho; nosotros se lo mostraremos; mas esto es poco.

»Hay tambien multitud de almas que nacen; los niños, los tiernos niños, de quien Jesús decia: «dejadlos venir á mí;» daremos la mano á estos niños para llevarlos á Jesús; esto tambien es poco por ahora, aunque sea mucho para despues.

»Pero existen otras muchedumbres de almas imposibles de contar, como las arenas de las playas, que viven en las tinieblas, al otro lado de los mares..... Javier, veo que brillan tus ojos, sé que te parte el corazon el relato de los viajeros que dicen cómo pesa el yugo del demonio sobre las Indias, el Japon, China, África, América, en una palabra, sobre la mayor parte de la tierra.



»Javier, tú irás, nosotros iremos, la Compañía de Jesús irá á pagar con el precio de la sangre de sus mártires tantas almas como la Iglesia ha perdido en el naufragio de la Reforma, y el doble, y el triple, de tal suerte, que el rebaño del buen Pastor se llenará y acrecentará.

»Alabemos al Señor. Nosotros somos el ejército de Dios. Digo que nosotros somos, porque la obra está fundada; existe desde que mi idea no es solo mia, sino tambien vuestra. Nacemos ahora; aquí está la cuna de un poder. Los hombres contarán la edad de este poder, á partir de un hecho que lo sancionará; para nosotros data desde este dia consagrado á la Inmaculada Reina de los ángeles. Debemos saber, que á partir desde ahora, somos los soldados de la oracion, del sacrificio y de la caridad.

»Todo ejército ha menester de un general; nosotros tendremos nuestro general, que será nuestro jefe en la tierra. Nada será en el mundo más vasto y completo que su autoridad, si no es nuestra libertad.

»Y esta libertad, junto con aquella autoridad, formarán un todo, que será la obediencia perfecta, único remedio que puede oponerse al delirio de los tiempos.

»La obediencia de que hablo no puede definirse más que nombrando á Aquel á quien se la prestará en igual medida y bajo el mismo título, así nuestro Superior general, como el último de nosotros. No busquemos á este Jefe Supremo en la tierra, sino en el cielo; ese sereis Vos ¡oh, Jesús, Señor nuestro!

»Entre nosotros toda autoridad vendrá de vos y se ejercerá en vuestro nombre; toda obediencia se elevará tambien hasta vos.

»Obedeceros ¡oh Dios! es ser libre; mandar en vuestro santo nombre, es obedecer.

»Los brazos del árbol de la Cruz son la autoridad y la obediencia: los dos llevan el mismo fruto, la libertad, que consiste en el cumplimiento de vuestra ley.

»¡Mandar, obedecer, dos fases del mismo sacrificio, dos sentidos de una misma palabra, amor! Jesús, Señor, á vuestra sombra, el que manda es el más humilde. Es el siervo de vuestros siervos, es todo de los que os pertenecen; y solamente así, ¡oh, Dios salvador! en

Vos y por Vos, la abnegacion del poder y el sacrificio de la obediencia, pueden unirse en el abrazo que engendra la libertad santa de vuestros hijos.

»Hoy somos siete, mañana podremos ser mil. Es preciso que nuestro Superior sea fuerte merced á la ayuda del divino Maestro, bajo la direccion del Padre comun de los fieles.

»No edificaremos nuestra casa con la mira de intereses humanos, y, sin embargo, nuestra casa prosperará aún bajo este aspecto. La posesion de bienes terrenos no entra en los destinos ni en las aspiraciones de la Orden; podrá, sin embargo, serle acaso necesaria segun los tiempos, para cumplir su obra providencial.

»Lo sé, lo veo y lo afirmo.

»Sé, y veo, y afirmo que el preposito de nuestra Orden, el General de nuestro pacífico ejército, será poderoso entre los grandes de la tierra, desde el fondo mismo de su humildad. Se necesita que así sea, y así será. Así, pues, lo escogereis *íntimamente unido á*

*Dios* (1), tanto en la oracion como en sus demás actos, para que pueda beber en el manantial mismo gracias abundantes que se derramen por él en todo nuestro cuerpo.»

»Con su ejemplo debe predicar la práctica de todas las virtudes, «sobre todo *el esplendor de la caridad;*» deberán verse en él la mortificacion interior, la modestia exterior, la circunspeccion en las palabras, una severidad templada por la dulzura, un valor invencible; pues se inspirará en las palabras del Apóstol San Pablo: «cuando parezco débil, es cuando soy fuerte» (2).

»En cuanto á lo que constituye la fuerza, segun el lenguaje humano, la ciencia, el entendimiento, el discernimiento, la prudencia en los negocios, Dios proveerá; porque nuestro superior será el siervo puesto por Dios, *quem constituit Dominus* para gobernar á la familia. En apariencia está por encima, pero realmente está debajo; tiene sobre sí á la familia y puede decir: «Señor, habeis colocado los

(1) San Ignacio. *Constituciones*, part. IX.

(2) *Quum enim infirmor tunc potens sum*, II ad Corint. XII, 10.

»hombres sobre nuestras cabezas, *imposuisti homines, super capita nostra.*» (1).

»Por lo demás, la autoridad que en nombre de Jesucristo vamos á confiar á este padre de familias, parecerá tan grande y elevada que dirán: «Jamás ha existido cosa parecida, es un rebaño de esclavos conducido por un tirano,» y otros irán más lejos diciendo: «*Es un despotá sentado sobre cadáveres.*»

»¡*Esclavos singulares los que no reconocen sobre ellos más que á Dios!*» (2).

»¡Y cualquiera que ataque la religion de Cristo, verá cómo se mueven esos cadáveres!

»No: los que así hablen, ó se engañan ó nos calumnian; no habrá en nuestra casa ni tiranos, ni esclavos, ni cadáveres. No habrá otra cosa que cristianos vivos y libres.

»La eleccion garantizará en su origen este poder, magnifico efectivamente por su vigor y estension, el cual, mientras dure, será sostenido y moderado por las miradas

(1) Palabras del Padre Ponlevoy, citadas en el admirable libro del Padre Gabriac, p. 357 de la *Vie du P. de Ponlevoy*.

(2) San Ignacio, *Const.* part. VI.

de la familia reunida que le servirán de contrapeso.

»Lejos de su alrededor los cortesanos: tendrá, sí, consejeros, auxiliares y jueces. Su tarea será la aplicacion de leyes ciertas y estables que no habrá hecho, y que no podrá eludir ni abolir.

»Todo lo podrá, es cierto, para el bien, pero nada podrá para el mal.

»Lo podrá todo:

»Para la mayor gloria de Dios,

»Para el mejor servicio de las almas,

»Para la santificacion de sus hermanos,

»Para el sacrificio de sí propio.

»Nada podrá contra la verdad,

»Nada contra la justicia,

»Nada contra la caridad.

»Ese poder, que se representará como absoluto, tendrá sobre sí á Dios, al Vicario de Dios, y la Regla, y aún á la misma Congregacion, obediente, pero soberana.

»Nosotros somos el ejército de la autoridad; tendremos, pues, autoridad. Y la tendremos tan grande y más grande que la tuvo jamás sobre la tierra ninguna reunion de hombres, y tendremos al par una santa libertad: y la

tendremos muy sincera y más amplia que ninguna sociedad, porque nada seremos en nuestra casa, donde Dios lo será todo.

»Jesucristo es nuestro principio, nuestro medio y nuestro fin.

»Vemos á Jesús en nuestro General; nuestro General ve á Jesús en nosotros: *Christus omnia in omnibus.*

»Por esto precisamente nuestro celestial Maestro mé ha dado para vosotros un patrimonio que es la Regla de Jesús, asaz vasta para que pueda contener á un tiempo la autoridad perfecta y la libertad perfecta en la medida que admite el doloroso tránsito del hombre sobre la tierra.

»Todo esto lo veo, lo sé y lo afirmo.

»Nosotros somos siete, pero podremos ser cien mil. A través de nuestras filas, por espesas y largas que sean, la Regla, permitiendo llevar la autoridad hasta sus últimos límites, resguardada, como estará, de todo exceso por el contrapeso de la conciencia, infundirá en nuestro cuerpo esa fuerza y esa vida

que en la guerra se llama disciplina, fórmula admitida y abreviada de la obediencia. La disciplina de nuestro pacífico ejército consistirá en la entrega de sí propio, que solo se debe á Dios, y que haremos voluntariamente á un hombre, que será para nosotros el representante del Hijo de Dios.

»Ha llegado la hora de oponer á las revueltas olas un dique formado con corazones puros. No basta la oración, es menester obrar. Tiempos atrás reuniéronse otros para imitar á María la de Betania en su piadosa contemplación á los piés de Cristo. Dichosos ellos, alabémosles, pero no nos limitemos á imitarles.

»Tócanos á nosotros ser los hijos de la hacendosa Marta. Seremos Sacerdotes al mismo tiempo que religiosos, y desempeñaremos todas las funciones de los Sacerdotes. ¡El estudio, el confesionario, el púlpito, la escuela y la limosna, tanto del pan espiritual, como del temporal, esa es nuestra misión!

»Combatir el mal presente, preparar el bien para lo porvenir, llevar la divina palabra

hasta el corazón del cisma, y á todas partes donde se ataque la verdad, ir á buscar al error y la ignorancia hasta los confines de la tierra, enseñar á los pequeñitos á deletrear, á los adolescentes á creer, á los mozos á pensar, á los hombres y á las mujeres, á todos, á amar á Dios, la patria y la familia; enseñar la clemencia á los poderosos, á los débiles la resignación, compañera de la esperanza, á los ricos la generosidad, á los pobres el perdón, en fin, á todos, á todos, la santa ley de la caridad; esa debe ser nuestra vida.

»A la rebelión opondremos nuestro voto de obediencia, al egoísmo codicioso nuestro voto de pobreza, á la ambición y al orgullo nuestro voto de humildad.

»A nadie pediremos dinero por los servicios que prestemos; y, sin embargo, nos tratarán de avaros, porque seremos calumniados de todos los enemigos de la Iglesia.

»A pesar de no tener salario alguno, nuestra pobreza levantará grandes edificios y distribuirá muchas limosnas.

»Maravillados de esto, nos acusarán. Pero nosotros seguiremos adelante con la cabeza baja como si no se nos insultara, y amaremos á los que nos hayan ultrajado como á nosotros mismos por el amor de Dios.

»Punto es este, amigos é hijos míos, dificultoso de practicar, pero más dificultoso todavía de creer. Eso de presentar la otra mejilla al que nos dió una bofetada, se resiste tanto al corazón humano, que los hombres califican y calificarán siempre de hipocresía tal sacrificio que reputan imposible, y de cobardía el heroísmo que no aciertan á comprender.

»Divorciado el hombre de Dios, jamás comprenderá, ni admitirá, que se ha de menester mil veces más valor para sufrir la amargura del ultraje, que para escupirla al rostro de quien nos insulta.

»A causa del milagro de nuestra pobreza, seremos ladrones á los ojos de los hombres; á causa del milagro de nuestra caridad, seremos hipócritas; á causa del milagro de nuestra humildad, seremos cobardes.

»¡Gloria á Dios!

»Ni siquiera nuestra muerte será poderosa á desarmar la injuria y el sarcasmo: se dirá de

nosotros como se dijo del divino Maestro Jesús, que hemos «desempeñado nuestro papel hasta el fin,» y que nuestro último suspiro es nuestra última mentira. ¡Gloria, gloria á solo Dios!

---

»Somos los compañeros de Aquel que glorifica el oprobio. ¡Alabado sea el Señor! Por lo mismo que nuestra desnudez será una riqueza y nuestra supuesta cobardía un valor sobrenatural, cuando parezcamos aplastados disfrutaremos de un poder incomparable.

»Bajo los piés de nuestros enemigos vendrán á buscarnos los reyes y los pueblos. ¡Señor, apartad de nosotros el orgullo así en las gradas de los tronos como en el fondo de nuestra miseria! ¡Gloria á Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!»

---

Hincóse de rodillas, y los seis le imitaron. Ninguno de ellos habia hablado todavía.

Ignacio juntó las manos, elevólas y dijo en latin:

—Jesús pacientísimo.

Los otros respondieron:

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús obedientísimo,

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús dulce y humilde de corazón,

—Tened piedad de nosotros.

—*Oremus.*—¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no solo para nuestro propio bien; á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, *no cesen nunca de ser perseguidos* para vuestra mayor gloria, vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

Y habiéndose santiguado, se levantaron.

---

El día era magnífico. Las gentes de los lugares vecinos subían por los varios senderos para oír Misa en la abadía parroquial. Ignacio y sus hijos tomaron á la izquierda de la iglesia, por el campo que bajaba del cementerio á la capilla del mártir, situada en el punto que digimos, y cuyos alrededores se hallaban en-

tonces desiertos. Luego entraron solos en la cripta que estaba preparada para el Santo Sacrificio. La tradicion fija en las nueve la hora en que Pedro Lefevre celebró.

Despues de haber ayunado y orado en comun, dice Cretineau Joly, reuniéronse el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre (1), donde cree la gente piadosa (2) que fué decapitado San Dionisio. Era la fiesta de la Asuncion de la Virgen. Ignacio escogió este dia para que la sociedad naciese en el seno mismo de María triunfante. Allí aquellos siete cristianos, á quienes Pedro Lefevre, ya Sacerdote, habia dado con sus manos la comunión, hicieron voto de castidad. Obligáronse á guardar perpétua pobreza, y prometieron á Dios que una vez terminado el curso de teología, irian á Jerusalem; pero que si trascurrido un año no les hubiera sido posible llegar á la ciudad santa (por causa de la guerra), irian á echarse á los piés del Soberano Pontífice (3), para pe-

(1) Esto es un ligero error.

(2) Y la impía tambien; testigo Dulaure.

(3) *Hist. de la Comp. de Jesús*, cap. I.

dirle que aprobase su Orden y recibir sus instrucciones.

Esto fué todo: la Compañía de Jesús estaba fundada.